



Caras y Caretas 22 abril 1922
n.º 1229 IV 1922

NIEVE

Recogido en el libro "Paisajes del alma" Madrid 1900. pag. 22-26. MGAJ



NIEVA. Espectáculo y sensación que siempre me rejuvenece. ¿Rejuvenecer? ¡Sí, rejuvenecer! Parece que la nieve, en el invierno, debería dar sensación de vejez y recordar su blancura la de las canas, y sin embargo en navidades, a fin de año y a la entrada del invierno — por lo menos en este hemisferio boreal o ártico que

no resbala — como resbala la lluvia, — sino queda y cala. — Flores del cielo los copos, — blancos lirios de las nubes, — que en el suelo se ajan, — bajan floridos, — pero quedan pronto — derretidos; — florecen sólo en la cumbre, — sobre las montañas, — pesadumbre de la tierra, — y en sus entrañas perecen. — Nieve, blanda nieve, — la que cae tan leve — sobre la cabeza, — sobre el corazón, — ven y abriga mi tristeza — la que descansa en razón.

es donde se formaron las tradiciones y leyendas de nuestra cultura común — en navidades, se celebra la fiesta de la niñez, el culto al Dios Niño. El nacimiento del Hombre-Dios se pone en un paisaje nevado y alto aunque en Belén no fuere muy conocida la nieve. El año en este hemisferio, en el mundo que conocieron los greco-romanos autores del calendario, empieza en invierno. Bien es verdad que acaba en él. En invierno se abrazan el año viejo y el año nuevo, la vejez de un año con la infancia del que le sigue. Y si se dice: «Oh primavera, juventud del año!» tanto como: «Oh invierno, vejez del año!» cabe decir: «Oh invierno, infancia del año!» O si se quiere: «Oh infancia, invierno de la vida!»

Lo más simbólico de la nevada, en efecto, — y este en efecto no tiene ya nada poético — es su silenciosidad. Silenciosidad más bien que silencio. La nieve es silenciosa. El agua de la lluvia, y más si ésta es fuerte, rumorea y a las veces alborota en el ramaje de los árboles, en las yerbas del pasto, en los charcos en que chapotea. La nevada, no; la nevada cae en silencio y llenando los huecos ignora el sobrehaz de las cosas. La silenciosa nevada tiende un manto a la vez que de blancura de nivelación, de allanamiento. Es como el alma del niño y la del anciano, silenciosas y allanadas ¡Los largos silencios del alma del niño! ¡Los largos silencios del alma del anciano! ¡Y la blancura allanadora de la una y de la otra!

El invierno de nieve, o la nieve del invierno, tanto o más que la vejez nos recuerda la infancia. Entre otras cosas por su desnudez y su blancura. Es lampiño como la infancia. Y el manto de la nieve parece una sábana para recibir a un niño.

Así como al ponerse el sol, al atardecer, en el lubricán, las cosas no se hacen sombra unas a otras y como que se abrazan y cohermanan o *cofradean* en la santa unidad del crepúsculo y más tarde en la unificadora negrura de la noche, así en el blancor de la nieve. La blancura de ésta y la negrura de la noche son los dos mantos de unión, de fusión casi, de hermanación.

Desde unas nubes pardas, grises, oscuras, penumbrosas, cae el manto de copos de la nieve, del que ya dijo algún poeta que era como una lluvia de plumas de alas de los ángeles, de ángeles que al entrar el invierno cantaron lo de: «gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz!» En la antigüedad las campañas guerreras se suspendían, por razones prácticas y de conveniencia, al entrar el invierno. El invierno era la estación por excelencia pacífica. Y la caída de la nieve es un símbolo de paz.

Y un campo todo nevado y de noche, a la luz de la luna que parece también de nieve! Es cuando mejor se siente el sentido íntimo, enigmático, místico, de las estrellas. Y en especial de la llamada *Via Láctea*, y aquí, en España, Camino de Santiago. *Via Láctea*, es decir, de leche. ¿Y por qué no *Via Nívea* o de nieve? ¿Por qué si los copos de la nieve se componen de cristales de agua no hemos de creer que los copos de la *Via Láctea* son cristales de luz?

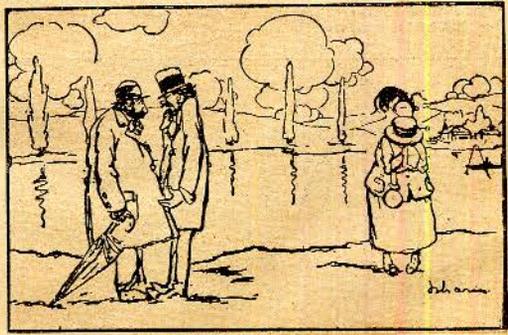
Hace ya unos años escribí un pequeño poema «La nevada es silenciosa» que guardo todavía inédito. Helo aquí:

Y como la nieve son las estrellas silenciosas. Y no lo es el agua. Díaz Mirón, el poeta mejicano, dijo una vez esta frase maravillosa: «y era como el silencio de una estrella — por encima del ruido de una ola».

La nevada es silenciosa, — cosa lenta; — poco a poco y con blandura — reposa sobre la tierra — y cobija a la llanura. — Posa la nieve callada, — blanca y leve; — la nevada no hace ruido; — cae como cae el olvido, — copo a copo, — Abriga blanda a los campos — cuando el hielo los hostiga, — con sus lampos de blancura; — cubre a todo con su capa, — pura, silenciosa, — no se le escapa en el suelo — cosa alguna. — Donde cae allí se queda — leda y leve, — pues la nieve

«Año de nieves, año de bienes» — dice aquí el refrán. Porque la nieve endurecida luego por la helada, es el caudal de agua para el agostadero del estío. ¡Ay del que al llegar al ardoroso estío de la vida, al agosto de las pasiones ardorosas, no conserva en el alma la blanca nieve de la infancia, de donde manan surtidores de frescura fecundante! ¡Nieve de infancia, nieve de vejez también!

M i g u e l d e U n a m u n o



CONSEJO DE SALOMON A UN JOVEN EN VISPERAS DE CASARSE
— El primer centenar de esposas es de lo más complicado.

— ¡Uno de los dos debe desaparecer!
— ¡Yo no os retengo, caballero!

("Caras y Caretas", Buenos Aires (A. G.) 22 abril 1922)

